

BEATOS

FRANCISCO Y JACINTA MARTO

BOLETÍN DE LOS PASTORCITOS – JULIO - SEPTIEMBRE 2004 – (AÑO 42)



FATIMA Y LA MODERNIDAD – Profecía y escatología (3)

(continuación)

3. En un horizonte de fe cristológica y trinitaria

Por fin, todo el mensaje de Fátima nos es presentado en un horizonte de fe cristológica y trinitaria. Aquí encontramos el contexto próximo en que está injertada la dimensión eucarística.

El mensaje de Fátima en su totalidad consta de tres ciclos: el ciclo angélico (apariciones del ángel en 1916), el ciclo mariano (apariciones de Nuestra Señora de 13 de mayo a 13 de octubre de 1917) y el ciclo del Corazón de María (apariciones de Pontevedra en 1925-1926 y de Tuy -1929).

A mi ver, las apariciones del Ángel y la última aparición en Tuy constituyen, respectivamente, el pórtico de entrada y la llave de la bóveda, a la luz de los cuales debe ser encuadrado y contemplado todo el mensaje. Es en ellas que aparece vinculado el misterio eucarístico en relación íntima con el misterio trinitario.

En la primera aparición el Ángel comunica y suscita en los videntes el espíritu de adoración reparadora en la fe, esperanza y caridad a través de una oración sencilla y bella: “Dios mío, yo creo, adoro, espero y Os amo; Os pido perdón por los que no creen, no adoran, no esperan y no Os aman”

En la segunda aparición suscita el espíritu de sacrificio a través del sacrificio ordinario.

Y en la última, explícita y concreta el espíritu de adoración sacrificial en una dimensión trinitaria y eucarística, a través de la oración y de la comunión, confiriéndole una finalidad reparadora. La oración del Ángel es extremadamente iluminadora:

“Santísima Trinidad, Padre, Hijo y Espíritu Santo, yo Os adoro profundamente y Os ofrezco el preciosísimo Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad de Nuestro Señor Jesucristo, presente en todos los sagrarios de la tierra, en reparación de los ultrajes, sacrificios e indiferencias con que El mismo es ofendido. Y por los méritos infinitos de Su Santísimo Corazón y del Corazón Inmaculado de María, Os pido la conversión de los pobres pecadores”

Ya en la primera aparición de nuestra Señora el 13 de mayo, cuando la gracia de Dios les fue revelada y comunicada

bajo la forma de “Luz tan intensa..., que nos penetraba en el pecho y en lo más íntimo del alma haciéndonos ver a nosotros mismos en Dios que era esa luz”, los videntes rezaron íntimamente: “Santísima Trinidad, yo Os adoro, Dios Mío yo Os amo en el Santísimo Sacramento”.



La visión en Tuy, 13.6.1929

Por fin, tenemos la última aparición en Tuy. Cual bóveda, remata y sintetiza todo el mensaje en esa vida deslumbrante que compendia en una sola y unida mirada el misterio de la Trinidad, el sacrificio redentor de Cristo, el sacrificio eucarístico y la presencia y participación singular de María bajo la cruz con Su Corazón Inmaculado en todo este misterio de salvación del mundo.

“Yo había pedido y obtenido licencia de mis Superiores y Confesor para hacer la Hora Santa de las 11 a media noche, de jueves para viernes. Estando una noche sola, me arrodillé entre la balaustrada, en medio de la capilla, a rezar, postrada, las Oraciones del Ángel. Sintíendome cansada, me levanté y continué rezándolas con los brazos en cruz. La única luz era la de la lámpara. De repente, se iluminó toda la Capilla, con una luz sobrenatural y sobre el Altar apareció una Cruz de luz que llegaba hasta el techo. En una luz más clara se veía, en la parte superior de la cruz, una cara de hombre con cuerpo hasta la cintura, sobre el pecho una paloma también de luz y, pegado a la cruz, el cuerpo de otro hombre. Un poco debajo de la cintura, suspendido en el aire, se veía un cáliz y una hostia grande sobre la cual caían algunas gotas de sangre que corrían por la cara del Crucificado y de una herida en el pecho. deslizándose por la Hostia, esas gotas caían dentro del Cáliz. Bajo el brazo derecho de la cruz estaba Nuestra Señora (“era Nuestra Señora de Fátima con Su Inmaculado Corazón... en la mano izquierda... sin espada, ni rosas, pero con una Corona de espinas y llamas...”), con Su Inmaculado Corazón en la mano... Bajo el brazo izquierdo, unas letras grandes, como si fuesen de agua cristalina que corriese por encima del Altar, formaban estas palabras: “Gracia y Misericordia”.

Comprendí que me era mostrado el misterio de la Santísi-

ma Trinidad y recibí luces sobre este misterio que no me es permitido revelar”.

Es interesante notar como esta representación de la Trinidad en la Cruz es llamada en la iconografía cristiana “Trono de Gracia”, por la evocación del pasaje de Heb, 4, 14-16: “Teniendo por lo tanto un Sacerdote eminente que penetró en los cielos, Jesús, el Hijo de Dios, conservemos firme la confesión de fe. De hecho no tenemos un Sumo Sacerdote incapaz de compadecerse de nuestras flaquezas, pues El fue probado en todo como nosotros, excepto en el pecado. Vamos pues confiados al trono de la gracia, a fin de alcanzar misericordia y encontrar gracia para ser ayudados en el tiempo oportuno”. Y ¿cómo no evocar además, por asociación, el prólogo de San Juan donde nos presenta el Verbo Encarnado como “El Hijo Unigénito del Padre, lleno de gracia y de verdad”, es es, de amor misericordioso y fiel, de “cuya plenitud todos recibimos gracias sobre gracias” (Jn 1, 14-16)?.

Además de eso, el arte iconográfico expresó numerosas veces este misterio con más profundidad y finura del que ciertas teologías académicas. Así acontece en la tradición iconográfica de Occidente, cuando presenta y representa como que en una estética teológica el misterio trinitario en el madero de la Cruz. Es como una síntesis plástica de esta teología: *el Padre que entrega el Hijo para ser solidario con los hombres, y sufre en el dolor de su amor; el Hijo que se entrega a sí mismo totalmente por la multitud de los hermanos; la paloma del Espíritu del Amor que sustenta el Hijo en su entrega y que, a su vez, es entregado por el Hijo a la humanidad, como don de su amor sufriente.*

Es este misterio de amor que celebramos en la Eucaristía.

Conclusión

Gracia y Misericordia, Gracia del Amor misericordioso – es esta por tanto la síntesis del mensaje de Fátima y de la revelación del Dios compasivo que, en Su Amor Trinitario, se inclina sobre todos los sufrimientos humanos, sobre la humanidad para hacerle sentir toda Su ternura, para manifestarse como Padre amoroso de toda criatura.

Comprendemos entonces como el Papa Wojtyla, recordando el octogésimo aniversario de las apariciones de Fátima, escribía, un mensaje al obispo local:

“A las puertas del Tercer Milenio, observando las señales de los tiempos en este siglo XX, Fátima se cuenta ciertamente entre los mayores, hasta porque anuncia en su Mensaje muchas de las señales sucesivas e invita a vivir sus llamadas; señales como las dos guerras mundiales, también además grandes asambleas de Naciones y Pueblos bajo el signo del diálogo y de la paz, la opresión y las convulsiones vividas por diversos países y pueblos, pero también la voz y la vez dadas a poblaciones y a gentes que entretanto se levantaron en la arena internacional; las crisis, las deserciones y tantos sufrimientos de los miembros de la Iglesia como también un renovado e intenso sentido de solidaridad y de recíproca dependencia en el Cuerpo Místico de Cristo, que se van consolidando en todos los bautizados..., o alejamiento y abandono de Dios de parte de individuos y sociedades, pero también una irrupción del Espíritu de Verdad en los corazones y en las comunidades habiéndose llegado a la inmolación y al martirio para salvar a “imagen y semejanza de Dios en el hombre” (Gn 1,27), para salvar el hombre del hombre.

De entre estas y otras señales de los tiempos, como decía, sobresale Fátima, que nos ayuda a ver la mano de Dios, guía

providencial del Padre paciente y compasivo también de este siglo XX”.

A la luz de estas llaves hermeneúicas, Fátima se presenta como una señal de Dios para nuestra generación, una palabra profética para nuestro tiempo, una intervención divina en la historia humana mediante el rostro materno de María.

Cuando María se mueve para una misión recibida de Dios, nunca es por algo de poca importancia o por cuestiones marginales, ya que se trata siempre del grave problema de la suerte (destino) del mundo y de la salvación de los hombres.

Pensando bien, por lo tanto, las coordenadas del mensaje de Fátima son amplias y contienen teológicamente una profecía a la luz de la escatología. “La profecía en sentido bíblico del término, no significa predecir el futuro, pero si aplicar la voluntad de Dios al tiempo presente, y por consiguiente, aplicar el camino recto del futuro”.

Por otro lado las vicisitudes de la humanidad y de la Iglesia deben ser sometidas al criterio escatológico del fin último. Solamente abriendo los horizontes sobre la eternidad y proclamando la esperanza teologal es posible iluminar el sentido de la historia abierta al futuro de Dios y oponerse alma que amenaza la humanidad. En este sentido, el mensaje de Fátima la premonición del “juicio” que pende sobre el mundo como posibilidad de autodestrucción infernal, esto es de acabar reducido a cenizas, es anunciada juntamente con la esperanza de vencer el mal a partir de nuestra conversión a Dios. El mensaje de Fátima es por lo tanto advertencia y, al mismo tiempo consolación de la esperanza teologal: el mal es vencido por el amor trinitario revelado en la cruz y resurrección de Jesús, y por el amor de María por nosotros.

LAS APARICIONES DE LA VIRGEN (2)

LA TERCERA APARICIÓN

«Momentos después de haber llegado a Cova de Iría, junto a la carrasca, entre una numerosa multitud del pueblo, estando rezando el Rosario, vimos el resplandor de la acostumbrada luz y, en seguida, a Nuestra Señora sobre la carrasca.

– ¿Qué quiere Usted de mí? – pregunté.

– Quiero que vengais aquí el día 13 del mes que viene; que continuéis rezando el Rosario todos los días, en honor de Nuestra Señora del Rosario, para obtener la paz del mundo y el fin de la guerra, porque sólo Ella lo puede conseguir.

– Quería pedirle que nos dijera quién es Vd., que haga un milagro para que todos crean que Vd. se nos aparece.

– Continúa viniendo aquí todos los meses. En octubre diré quién soy, y lo que quiero y haré un milagro que todos han de ver para creer.

Aquí hice algunas peticiones que no recuerdo bien cuáles fueron. Lo que sí recuerdo es que Nuestra Señora dijo que era preciso rezar el Rosario para alcanzar esas peticiones durante el año. Y continuó:

– Sacrificaos por los pecadores, y decid muchas veces, en especial cuando hagais algún sacrificio: «Oh Jesús, es por tu amor, por la conversión de los pecadores y en desagravio por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María».

El texto que sigue en esta narración, ya formaba parte del secreto que, en 1917, Nuestra Señora pidió a los Pastorcitos que no contasen a nadie y que ellos no revelaron ni aún cuando el Administrador los detuvo y amenazó con freirlos en aceite hirviendo.

Sólo el 31 de agosto de 1941, en carta dirigida al Obispo, D. José Alves Correia da Silva, escrita en Tuy, Lucia dice que ha llegado el momento de hablar del secreto añadiendo:

«Ahora bien, el secreto consta de tres partes distintas, de las cuales voy a revelar dos.

La primera fue, pues, la visión del infierno.

Nuestra Señora ... Al decir estas últimas palabras, abrió de nuevo las manos como en los meses pasados.

El reflejo parecía penetrar en la tierra y vimos como un mar de fuego. Sumergidos en ese fuego, los demonios y las almas, como si fuesen brasas transparentes y negras o bronceadas, con forma humana que fluctuaban en el incendio, llevadas de las llamas que de ellas mismas salían, juntamente con nubes de humo cayendo por todos los lados, semejantes al caer de las pavesas en los grandes incendios, sin peso ni equilibrio, entre gritos y gemidos de dolor y desesperación, que horrorizaban y hacían estremecer de pavor. (Debe de haber sido a la vista de esto cuando di aquel «¡Ay!», que dicen haberme oído).

(En el periódico *O Seculo* de 23 de julio de 1917, se leía: “se oyó un ruido semejante al retumbar de un trueno, prorrumpiendo los niños en un afligido lloro, haciendo gestos epilépticos y cayendo después en éxtasis”)

Los demonios distinguíanse por formas horribles y asquerosas de animales espantosos y desconocidos, pero transparentes como negros carbones en brasa.

Asustados, y como para pedir socorro, levantamos la vista hacia Nuestra Señora que nos dijo entre bondadosa y triste:

– Habéis visto el infierno, a donde van las almas de los pobres pecadores; para salvarlas, Dios quiere establecer en el mundo la devoción a mi Inmaculado Corazón. Si hicieran lo que os voy a decir, se salvarán muchas almas y tendrán paz. La guerra va a acabar. Pero si no dejan de ofender a Dios, en el reinado de Pío XI comenzará otra peor. Cuando veáis una noche alumbrada por una luz desconocida, sabed que es la grande señal que Dios os da de que va a castigar al mundo por sus crímenes por medio de la guerra, del hambre y de persecuciones a la Iglesia y al Santo Padre.

Para impedirlo, vendré a pedir la consagración de Rusia a mi Inmaculado Corazón, y la Comuni3n reparadora de los primeros sábados. Si atendieran mis peticiones, Rusia se convertirá y habrá paz; si no, esparcirá sus errores por el mundo, promoviendo guerras y persecuciones a la Iglesia. Los buenos serán martirizados, el Santo Padre tendrá que sufrir mucho, varias naciones serán aniquiladas. Por fin, mi Inmaculado Corazón triunfará. El Santo Padre me consagrará Rusia, que se convertirá, y será concedido al mundo algún tiempo de paz. En Portugal se conservará siempre la doctrina de la Fe, etc. Esto no se lo digáis a nadie...»

En cuanto a la tercera parte del secreto, Lucia encontrándose enferma en Tuy, lo describió el 3 de enero de 1944, también por mandato del Obispo de Leiría, entregándolo en sobre cerrado. El contenido de esta carta sólo fue revelado por el Cardenal Sodano, con ocasión de la solemne beatificación de Francisco y Jacinta el 13 de mayo de 2000 en Fátima, y comentado teológicamente por el Cardenal Ratzinger, Prefecto de la Congregación de la Doctrina de la Fe, en Roma, el 26 de junio de 2000.

Lucía dice en esa carta:

«Escribo en obediencia a Vos, Dios mío, que lo ordenáis por medio de Su Excelencia Reverendísima el Señor Obispo de Leiría y de la Santísima Madre vuestra y mía.

Después de las dos partes que ya he expuesto, hemos visto

al lado izquierdo de Nuestra Señora un poco más en lo alto a un Ángel con una espada de fuego en la mano izquierda; centelleando emitía llamas que parecía iban a incendiar el mundo; pero se apagaban al contacto con el esplendor que Nuestra Señora irradiaba con su mano derecha dirigida hacia él; el Ángel señalando la tierra con su mano derecha, dijo con fuerte voz: ¡Penitencia, Penitencia, Penitencia! Y vimos en una inmensa luz qué es Dios: «algo semejante a como se ven las personas en un espejo cuando pasan ante él» a un Obispo vestido de Blanco «hemos tenido el presentimiento de que fuera el Santo Padre». También a otros Obispos, sacerdotes, religiosos y religiosas subir una montaña empinada, en cuya cumbre había una gran Cruz de maderos toscos como si fueran de alcorcho con la corteza; el Santo Padre, antes de llegar a ella, atravesó una gran ciudad medio en ruinas y medio tembloroso con paso vacilante, apesadumbrado de dolor y pena, rezando por las almas de los cadáveres que encontraba por el camino; llegado a la cima del monte, postrado de rodillas a los pies de la gran Cruz fue muerto por un grupo de soldados que le dispararon varios tiros de arma de fuego y flechas; y del mismo modo murieron unos tras otros los Obispos sacerdotes, religiosos y religiosas y diversas personas seglares, hombres y mujeres de diversas clases y posiciones. Bajo los dos brazos de la Cruz había dos Ángeles cada uno de ellos con una jarra de cristal en la mano, en las cuales recogían la sangre de los Mártires y regaban con ella las almas que se acercaban a Dios.»

Continuando con la carta 31 de agosto de 1941:

« Cuando recéis el Rosario, diréis, después de cada misterio: ¡Oh Jesus mío, perdónanos, líbranos del fuego del infierno, lleva todas las almas al cielo, principalmente las más necesitadas!

Transcurrido un instante de silencio, pregunté:

– Usted ¿no quiere de mí nada más?

– No. Hoy no quiero nada más de ti.

Y, como de costumbre, comenzó a elevarse en dirección al naciente, hasta desaparecer en la inmensa lejanía del firmamento.

12/13 DE MAYO DE 2004

Para conmemorar el 87º aniversario de la aparición de Nuestra Señora a los tres Pastorcitos, el 13 de mayo de 1917, vino de Roma el Cardenal Raffaele Martino, Presidente del Pontificio Consejo de Justicia y Paz para presidir la solemne concelebración de 25 obispos y 340 sacerdotes en la que tomaron parte muchos millares de peregrinos.

Al inicio de su homilía recordó la venida del Papa Juan Pablo II a Fátima, para beatificar a los dos Pastorcitos Francisco y Jacinta y para proponer, una vez más, el mensaje de esperanza y de paz de Nuestra Señora “Partiendo de Fátima –afirmó el Santo Padre algunos días después– se difunde en todo el mundo un mensaje de conversión y de esperanza, un mensaje que, en coformidad con la revelación cristiana, está profundamente inserto en su historia. Precisamente a partir de las experiencias vivenciales, ese mensaje invita a los creyentes a rezar asiduamente por la paz en el mundo y a hacer penitencia para abrir los corazones a la conversión. Este es el Evangelio genuino de Cristo propuesto nuevamente a nuestra generación, particularmente atormentada por los acontecimientos pasados. La llamada que Dios nos ha hecho llegar a través de la Virgen Santísima conserva intacta, todavía hoy, toda su actualidad” (Audiencia General, 17 de mayo de 2000).

En su homilía el Cardenal Martino presentó Fátima como un mensaje de esperanza, ligándolo al Evangelio de San Juan,

que fue leído durante la misa, y que, como explicó, “contiene una de las revelaciones más consoladoras y, al mismo tiempo, más exigentes que Nuestro Señor Jesucristo nos legó, casi como un testamento, en el momento supremo de su Pasión. El aspecto que más sobresale en este pasaje del Evangelio es, como el Evangelista San Juan subraya la dimensión comunitaria y eclesial del amor. Esta dimensión tiene su base en las palabras que Jesús dirige a su Madre y al discípulo. No es ciertamente posible excluir que ese acto de Jesús represente un gesto de piedad filial mediante el cual confía Su madre al discípulo predilecto. Pero también no es posible quedar aquí. Así, el paralelismo evidente con el episodio de Caná (2,1-11). Es cierto que la Madre de Jesús y el discípulo que él amaba son personajes reales y no puramente simbólicos. Todavía, el contexto nos invita a descubrir en ellas un significado más amplio: esos personajes reales son llamados a desempeñar un papel tipológico y representativo. María no es llamada por su nombre, sino por madre (madre de Jesús, tu madre, nuestra madre) – no es un nombre sino una función, un símbolo, o tal vez todavía mejor, una representación. Y el discípulo tampoco es llamado por su nombre, sino como el discípulo que Jesús ama; también él desempeña el papel de una figura representativa. Se comprende así que la madre de Jesús asuma la figura de madre del discípulo y de todos los discípulos. A su vez el discípulo amado representa a todos los que creen en Jesús. El último acto de Jesús antes de morir, fue el fundar una comunidad de amor, en las personas de la madre y del discípulo amado. Podemos concluir que, en esta escena del Calvario, surge, aunque todavía escondida, un nuevo personaje: la comunidad. De la Cruz nace la comunidad. De la Cruz nace la Iglesia. En este nacimiento de la Iglesia encontramos a María, la madre. Su presencia en el momento inicial del pueblo de Dios, constituye la indicación, teológica y espiritual, de que Ella es perennemente, ayer como hoy, nuestra esperanza, la esperanza de la Iglesia, la esperanza del mundo.

“Nos acontece muchas veces hallarnos sin esperanza, casi perdidos e incapaces de dar un rumbo seguro al camino de nuestra existencia. Llenos de cosas, pero con el corazón vacío; atormentados por los acontecimientos, pero pobres por incapaces de darles un significado, forzados a seguir de frente, pero sin saber a donde ir. Una crisis de esperanza que nos hace recorrer los caminos de nuestra historia personal y colectiva no como peregrinos determinados a llegar a una meta, sino como vagabundos errantes, ignorando las indicaciones del itinerario... Pretendemos hacer todo sin Dios... No tenemos otra alternativa sino volver a Dios, convirtiendo nuestro corazón... Recurrimos por eso a Nuestra Señora de Fátima para que eduque nuestros corazones hacia la esperanza y a

nuestras almas hacia los gestos de caridad y nos ayude a tejer, junto con nosotros y en el mundo entero, una tela de solidaridad que dé sentido y valor a nuestras relaciones interpersonales, sociales y políticas. María es la madre que nos da esperanza, que nos conduce a la fuente de la esperanza... La esperanza y el amor deben ser nuestro programa de vida.

Agradados por la solicitud maternal de María Santísima, también nosotros debemos volvernos testigos de la esperanza para nuestros hermanos, testigos de una esperanza que se transforma en caridad...

De Nuestra Señora de Fátima aprenderemos a vivir el tiempo presente en el modo en que él debe ser vivido, esto es, como tiempo que nos es concedido para amar a Dios y a nuestros hermanos. Así Nuestra Señora será nuestro viático cotidiano de esperanza”.

NUEVA IGLESIA PARA EL SANTUARIO

En la fiesta de la Santísima Trinidad, ha sido colocada la primera piedra de la iglesia de la Santísima Trinidad. Bendecida y ofrecida por Juan Pablo II, el 9 de marzo de este año, esa pequeña piedra de mármol fue extraída del sepulcro del Apóstol San Pedro, sobre el cual se edificó, en Roma, la Basilica de su nombre.

El Obispo de Leiria-Fátima presidió la ceremonia e imploró el auxilio divino para la obra que “se destina a acoger los verdaderos servidores de Dios...” Por la intercesión de la Bienaventurada Virgen María y de los Beatos Francisco y Jacinta Marto –oró el Obispo– sea esta obra una invitación permanente a la oración y a la penitencia, en la reconciliación y en la paz, como pidió Nuestra Señora en Fátima.

Considera el Santuario de Fátima que la ofrenda del Santo Padre cumplirá mejor su misión si permanece a la vista de todos los visitantes y, por eso, se ha decidido colocarla después de concluida la iglesia, en un lugar que pueda hacer más patente la unidad de Fátima con la cátedra de Pedro. Ha sido, por eso, colocada en la raíz del edificio, en otra piedra extraída del macizo rocoso de la escavación de las obras.

Se inauguró en la tarde de ese día una exposición que muestra el proyecto, una maqueta de la iglesia, encuadrada en la zona envolvente del Santuario, cuya inauguración está prevista para el día 13 de mayo de 2007.

La iglesia estará compuesta de dos grandes cuerpos: el de la reconciliación y el de la propia iglesia, que se extenderá por un círculo de 125 metros de diámetro y tendrá posibilidades de división en dos espacios separables por una cortina sólida, con capacidades respectivas de 3.000 y 9.000 personas sentadas.



la maqueta de la Iglesia de la Santísima Trinidad

